

# Antropología y literatura: Desarraigo y añoranza de una familia de inmigrantes extremeños en el Madrid de los años sesenta del siglo XX. Una mirada a la literatura de Luis Landero

ELOY GÓMEZ-PELLÓN  
Universidad de Cantabria

## Resumen

En los años sesenta del siglo XX, la emigración en el medio rural español adquirió una intensidad hasta entonces desconocida, cuyo destino se repartía entre unos pocos países europeos y algunas grandes ciudades españolas. Cuando aún alboreaba la década, se produce la emigración de una humilde familia campesina que, dejando atrás la inmisericorde campiña extremeña, decide instalarse en un barrio madrileño. Solo a través de una tenacidad sorprendente, podrá superar la ferocidad cotidiana de la ciudad con singular dignidad. Hoy conocemos con insólito detalle las vicisitudes de aquella familia, gracias al relato retrospectivo de Luis Landero, uno de los cuatro hijos del matrimonio, hoy convertido en un escritor consagrado. La marcada verosimilitud del relato y el respaldo autobiográfico del autor hacen del texto una historia de vida, dotada de una fuerza narrativa prodigiosa y de un valor antropológico único.

**Palabras clave:** Antropología, literatura, éxodo rural, años sesenta del siglo XX, desarraigo, España, Extremadura, Madrid, Luis Landero.

## Abstract

In the sixties of the 20th century, emigration in the Spanish rural environment acquired an intensity hitherto unknown, whose destination was shared between a few European countries and some large Spanish cities. When the decade was still beginning, the emigration of a humble peasant family took place. The family, leaving behind the merciless countryside of Extremadura, decided to settle in a Madrid neighborhood. Only through surprising tenacity, will they be able to overcome the everyday ferocity of the city with singular dignity. Today we know in unusual detail the vicissitudes of that family, thanks to the retrospective account of Luis Landero, one of the four children of the marriage, today converted into a consecrated writer. The marked verisimilitude of the story and the autobiographical support of the author make the text a life story, endowed with a prodigious narrative force and a unique anthropological value.

**Keywords:** Anthropology, literature, rural exodus, sixties of the 20th century, uprooting, Spain, Extremadura, Madrid, Luis Landero.



## 1. INTRODUCCIÓN



Cuando declinan los años cincuenta del siglo XX, España está iniciando un desarrollo económico desconocido en la historia precedente. La noche larga de la postguerra está terminando y, con las primeras luces de la nueva década de los años sesenta, se



Eloy GÓMEZ-PELLÓN, "Antropología y literatura: Desarraigo y añoranza de una familia de inmigrantes extremeños en el Madrid de los años sesenta del siglo XX. Una mirada a la literatura de Luis Landero", *Artifara* 22.2 (2022) Monográfico, pp. 275-299.

Recibido el 10/11/2022 ∞ Aceptado el 30/12/2022

empieza a dibujar un ilusionante paisaje de esperanzas. Al tiempo que el Estado realiza grandes inversiones en el sector público en general, se exploran nuevos sectores económicos, uno de los cuales, el del turismo, comenzará a producir frutos inmediatamente. Todo este movimiento económico generará expectativas muy favorables en una ciudadanía abatida, especialmente comprobando que las inversiones reclaman importantes contingentes de mano de obra, a los que puede corresponder un medio rural superpoblado y asaltado por una pobreza endémica, de la que solo escapa la oligarquía terrateniente. En estas circunstancias, muchas familias campesinas se lanzaron a una emigración transnacional, con destino a Francia, Suiza, Alemania y otros países que habían empezado a despertar del marasmo de la guerra antes que España. Sin embargo, los emporios del desarrollo económico español se hallaban más cerca, de modo que fueron identificados muy pronto por todos aquellos que, viviendo en el campo, estaban dispuestos a desafiar la pobreza. Estos emporios industriales que está creando el gobierno de la época son, en algunos casos, continuidad de los cimentados durante la industrialización decimonónica, como Cataluña, el País Vasco y Asturias, a los que se unirá Madrid como ciudad capitalina, convertida en foco de progreso. Estas migraciones interiores se originan en todo el campo español, y preferentemente en las áreas más pobladas y pobres del medio rural, a menudo enclavadas en la mitad sur de España, donde convergía, además, la circunstancia de la frustración provocada por las grandes desigualdades sociales del medio rural.

Frecuentemente, la literatura es una fuente insuficientemente explotada como medio de conocimiento. Existe, sin embargo, dentro del ámbito antropológico una tendencia creciente a privilegiar la relación con la literatura. Realmente, esta tendencia es fruto del doble acercamiento que se ha producido desde la antropología hacia la literatura, y sirvan de ejemplo los potentes textos de autores como Claude Lévi-Strauss (1970), Clifford Geertz (1973), Marc Auge (1998), o como, años antes, José María Arguedas (1941, 1948, 1964), pero también desde la literatura hacia la antropología, y valgan como paradigmas las obras de René Girard (1997), Mercedes López-Baralt (1985, 2005) y Walter Mignolo (2000, 2007), entre otros muchos. No obstante, y por lo que se refiere a los movimientos entre el campo y la ciudad, en el caso español, existe un buen número de obras literarias que plasman la realidad del medio rural y de las migraciones que se producen hacia las ciudades en el siglo XX, mostrando un fenómeno que, a partir de los años setenta, adquirió la morfología de un auténtico vaciamiento de grandes áreas de los espacios rurales españoles.

El objetivo del presente trabajo es analizar la información contenida en una obra literaria de Luis Landero que lleva por título *El balcón en invierno* (2014), con el objeto de obtener el mayor caudal posible de información. La obra constituye el retrato de la diáspora campesina de la época. Para ello, examinaremos el caso de una familia de campesinos extremeños en el Madrid de los años sesenta del siglo XX, la misma que dio vida a la conocida obra literaria de Luis Landero, y que no es otra que la familia del propio escritor. La lectura del texto hizo pensar muchas veces al autor de este artículo en aquella expresión acuñada por el gran cultivador de la antropología filosófica que fue Ernest Cassirer (1975), de que la literatura es la mejor expresión existente de la vida íntima de la humanidad. La profunda relación existente entre la antropología y la literatura se halla contenida en el mensaje que encierra la edición conjunta que realizaron James Clifford y Georges E. Marcus (1991), como resultado del seminario celebrado en Santa Fe en 1984, en el que se cimentaron las bases de lo que se denominó con el sonoro nombre de antropología posmoderna. James Clifford (2001) ha insistido en numerosas ocasiones en la relación indubitable que, a través de la práctica narrativa, ata a la antropología y a la literatura. El tema ha tenido en España una significativa resonancia, lo cual explica su resurgimiento periódico (Fuente, 1994; Frigolé, 1996; Mira, 2007; González Alcantud, 2021).

## 2. PERSPECTIVAS TEÓRICAS

En su obra *El balcón en invierno* (2014), Luis Landero nos muestra, como tema central, la vida de una familia extremeña de inmigrantes llegada a Madrid en 1960, con alusiones permanentes a Albuquerque (Badajoz) y a Madrid, que eran los lugares respectivos de origen y destino. Al igual que muchas otras, esta familia se instala en Madrid buscando un futuro mejor, lejos de la desesperanza del medio rural. Si en la década precedente un millón de españoles, aproximadamente, había abandonado el medio rural para instalarse en los espacios urbanos de la industrialización española, en la década de los años sesenta fueron alrededor de tres millones los que siguieron el mismo camino (García Barbancho, 1975; Kreienbrink, 2009). Unas dimensiones como éstas nos proporcionan la imagen del trasvase de población que se estaba produciendo por aquellos años, en los que España estaba iniciando la última fase de la industrialización (vid. Gómez-Pellón, 2022a). El trasvase era posible porque el campo español se hallaba superpoblado y acosado por una pobreza endémica que se manifestaba con especial crudeza en algunas regiones españolas, entre las cuales estaban Andalucía, las dos Castillas y Extremadura (Riquer, 2020), que eran también las regiones que, de forma meridiana, mostraban una mayor inequidad en el reparto de la tierra y de los recursos.

La emigración iba a recaer en los grupos de la población rural que vivían en unas condiciones más difíciles, especialmente en el compuesto por la masa de mano obra asalariada (peones y jornaleros), cuyas vidas estaban determinadas por una precariedad permanente, y en los pequeños campesinos, carentes de hacienda propia o dueños de una superficie de tierra tan exigua que apenas garantizaba la supervivencia. Entre estos dos grupos había, no obstante, importantes diferencias, que ponían de manifiesto la penuria extrema de los primeros, permanentes demandantes de un empleo que en algunas épocas del año era escaso, y la tristeza contenida de un pequeño campesinado que vivía en auténtico régimen de subsistencia al empezar la segunda mitad del siglo XX. Entre los campesinos también había importantes diferencias, de carácter histórico (Martínez Alier, 1968; Malekafis, 1972), dadas por los lacerantes contratos a que estaban sometidos los aparceros y los arrendatarios, frente a la relativa seguridad que amparaba a la pequeña propiedad. Por lo que se refiere a Extremadura, que es la región que centra nuestra observación, solo en la década de los años sesenta, su saldo migratorio rondó las 378.000 personas (Riquer, 2020: 639), y, concretamente, Badajoz se situó a la cabeza del Estado en emisión de emigrantes en esta década, al alcanzar el dramático número de 233.988 emigrantes (García Barbancho, 1975).

Para explicar las migraciones se han elaborado distintos modelos teóricos (Arango, 1987, 2000a y 2000b). La dificultad de la aplicación de los mismos reside en la complejidad del fenómeno, por un lado, y en la diversidad de tipos de migración. En el caso de las migraciones que se produjeron en la España de los años sesenta, las explicaciones sobre la extraordinaria magnitud de los movimientos son con mucha frecuencia complementarias, y tanto de carácter macro como de índole micro. Entre las motivaciones de la emigración, se ha concedido especial atención a los factores de atracción o *pull factors*, debidos a los acusados desequilibrios regionales que daban lugar a diferencias muy notables en la renta por habitante. Estaríamos ante el característico enfoque económico neoclásico, sustentado en la teoría de que las personas tienden a migrar hacia las áreas más desarrolladas, en aras de una mejora de sus condiciones de vida. Parece evidente que estos factores tuvieron un peso muy importante, sobre todo constatando que las migraciones antecedieron con creces a la modernización de la agricultura. Dicho de otro modo, no fue la mecanización de la agricultura la que generó los trasvases de población, sino que, una vez producidos los trasvases, se acometió la modernización de la agricultura. Sin embargo, aun así, no es despreciable el peso de los factores de expulsión o *push factors* existentes en el campo español, puesto que, como se acaba de señalar, la situación económica, especialmente para las capas más pobres, era angustiosa.

A nivel macro también se han manejado las explicaciones demográficas, que vienen a explicar que los saldos naturales crecientes acaban empujando a las poblaciones que los albergan a la emigración (vid. Silvestre, 2000). Se trata de un modelo muy aplicable a sociedades que están aún lejos de completar la transición demográfica. Hay, sin embargo, otras explicaciones macro que deben ser tenidas en cuenta. Los modelos sociológicos nos permiten entender que en los años que siguen al ecuador del siglo XX se asistía a un marcado cambio social, de forma que la sociedad estaba dejando de ser "tradicional", y comenzaba a despegarse de los lugares de nacimiento para adoptar la característica movilidad de la sociedad moderna, lo cual explicaría que las migraciones internas, dentro del Estado, constituyan una salida satisfactoria para las pretensiones de las personas deseosas de no correr los grandes riesgos de las migraciones de larga distancia.

Complementariamente, existen modelos teóricos micro que, sin contradecir la teoría ortodoxa y estructural de la economía, permiten contar con explicaciones a las acciones individuales de las personas. Según el enfoque micro más clásico, cualquier decisión migratoria requiere la voluntariedad del interesado, al menos en alguna medida (vid. Cohen, 1996; Arango, 2000a). Esta decisión, en términos de teoría económica ortodoxa, supone que el potencial migrante realiza un cálculo de inversión, comparable al de cualquier decisión económica, en términos de costos y beneficios. Se trata de una teoría puramente formalista. La emigración, en ese difícil cálculo, será posible cuando los beneficios que espera obtener el migrante superen los que depararía la permanencia, por lo que, en consecuencia, los migrantes se dirigirán hacia lugares con mejores salarios y mayor desarrollo. Existe una variante de esta teoría que viene a sostener que la decisión de la emigración, más que individual es familiar o grupal. El individuo toma su decisión empujado por el resto de la familia y el entorno social, hasta el extremo de que, no en vano, es el conjunto del grupo el que a menudo financia el proyecto. En este segundo modelo teórico, el cálculo de la emigración se hace más complejo, puesto que pueden ser varias las personas de la familia que participan en el hecho migratorio con diferentes expectativas y riesgos.

### 3. METODOLOGÍA

Gracias a la obra de Luis Landero, disponemos de una información muy valiosa acerca de la emigración extremeña a Madrid en los años sesenta del siglo XX, en un momento en que el fenómeno se está intensificando. Precisamente, el hecho de que la obra transcurra en primera persona, por los senderos de un relato verosímil, apegado a la realidad, que, además, viene avalado por el autor con carácter de autobiografía, confiere al libro la apariencia de una confesión realizada por un actor social que, por un lado, se halla en el centro de la escena rural extremeña, pero que, por otro lado, también contempla la escena urbana madrileña desde su propia perspectiva. El excelente manejo del lenguaje, con particular atención a las descripciones, convierte a Landero en un observador singularmente cualificado. Y lo es porque a lo largo de todo el relato participa de la acción, de modo que el resultado que obtiene presenta claras similitudes con el de la observación participante empleada por los antropólogos. Más aún, la observación es longitudinal, porque se prolonga a lo largo de los años, tanto en Alburquerque como en Madrid. Landero interroga además a otros participantes en la acción, mediante técnicas que se asemejan a las propias de la entrevista empleada por la metodología etnográfica.

Luis Landero revela, asimismo, un buen manejo de las fuentes orales, especialmente de la historia oral, debido a que obtiene información de miembros de su familia que fueron testigos de los acontecimientos que transfieren. En algunos momentos, también se refiere a mitos y costumbres de la tradición oral, los cuales son recibidos por Landero a través de una larga cadena de transmisores, cuyo principio es indeterminado. Tanto la historia oral como la tradición oral han sido muy utilizadas como fuentes orales, tanto por la antropología como

por la historia. La historia oral fue muy privilegiada como fuente de conocimiento por la *Escuela de los Annales*, y por la nueva historia de Le Goff (1977), aunque la cima más alta se alcanza con posterioridad, en los trabajos de Thompson (1978), Joutard (1983), etc. Pues bien, Luis Landero se sirve de técnicas literarias de explotación de las fuentes orales que en poco se diferencian de las empleadas por la antropología y la historia (Gómez-Pellón, 1999, 2012).

Landero, a lo largo del relato, utiliza muchos tipos de unidades de análisis: personas, casos, significados, relaciones, estilos de vida, etc., lo cual explica que en la obra se contenga un rico caudal de información acerca de la vida de esta familia de migrantes. El autor describe con maestría las acciones y su contexto, explora los ambientes, analiza los hechos, y se pone permanentemente, de manera empática, en el lugar de los personajes que intervienen en esta obra literaria. En el relato se emplean muy a menudo las percepciones emic, lo cual confiere profundidad antropológica a la obra. La cronología de los acontecimientos, que no es lineal, está datada con precisión a lo largo del texto. Todo ello facilita la tarea de analizar las unidades que se van generando en el texto literario, y también la de realizar comparaciones, por ejemplo, campo-ciudad, o tradición-modernidad. Asimismo, en la obra se contienen distintas historias de vida, empezando por la del propio autor de la obra, y múltiples experiencias vitales de los personajes que dan vida a la narrativa. También se detectan numerosos episodios y pasajes que enriquecen la obra y proporcionan unidad al conjunto del libro. Una visión etnográfica recorre la mayor parte de la obra de Landero que estudiamos en este artículo, en la cual abundan las descripciones, los análisis de valores, y la remisión a costumbres, creencias, culturas, comunidades, etc.

#### 4. ESTAMPAS DE UNA SOCIEDAD TRADICIONAL

La obra de Luis Landero que motiva nuestra atención en el presente artículo lleva por título *El balcón en invierno*, y vio la luz en el año 2014, de suerte que, desde entonces, ha conocido sucesivas ediciones. El texto atiende tanto a la vida familiar del autor, cuando este aún era un niño, en tierras pacenses de Albuquerque, como a los años de la adolescencia y la primera juventud del escritor en Madrid. Es un relato intimista, en primera persona, en el cual el autor nos introduce en la cotidianidad de las personas de su entorno con sorprendente detalle. Aunque el personaje central de la narración es el propio autor, este no pierde la oportunidad de presentarnos a todos los miembros de la familia en su vivencia habitual, ni la de entrar en diálogo con estos. La psicología de los intervinientes se conjuga con una profunda mirada sobre las interacciones que se producen. El tiempo pasado en Albuquerque en los años infantiles y la vida familiar posterior en el barrio madrileño de Prosperidad llegan a ser accesibles con sumo detalle para los lectores.

En 1960, cuando la familia parte de Albuquerque, Luis Landero tiene doce años, y ha vivido el tiempo suficiente para conocer la vida de los lugareños, por más que los dos últimos años los haya pasado entre el internado en un colegio religioso de Madrid y el lugar de nacimiento. Para entonces, Albuquerque, tras haber alcanzado en 1950 su techo demográfico, con 10 852 habitantes, tenía 10 054 habitantes, un número sensiblemente menor, anticipo del declive que se iba a producir en las décadas siguientes. Cuando lleguemos a 1970, Albuquerque albergará 7 804 habitantes, de modo que habrá perdido más del 20% de sus efectivos, y así continuará reduciendo su población hasta llegar a los 5 245 que acogía al comenzar 2021. Además del despoblamiento, y al socaire del cambio demográfico, se ha producido un envejecimiento notable de la población. En 1960, cuando inicia la migración la familia de Luis Landero, la población de Albuquerque estaba dominada por las personas adultas de edad media, lo cual explica que los saldos vegetativos fueran positivos. Por el contrario, desde hace treinta años el municipio arroja saldos naturales negativos, el más llamativo de los cuales es el del último año: nacieron 39 personas y fallecieron 81. Ahora, la

población, cada vez más desvitalizada, está compuesta por personas adultas mayores, si bien todavía posee cierto potencial para revertir la situación.

Alburquerque era, y sigue siendo, un municipio típico de la ruralía extremeña. En el noroeste de la provincia de Badajoz, lindante con la de Cáceres y rayano con Portugal, el municipio presenta un paisaje agreste, de dehesa perennifolia, con buenas condiciones para la agricultura de secano, que es, precisamente, a la que remite el escritor una y otra vez. De hecho, Luis Landero consideraba a sus abuelos y a sus padres, y a toda la familia en general, como característicos agricultores de secano, todos los cuales, a la zaga de sus antepasados, habían continuado amansando los altozanos y los pedregales de la tierra que les proporcionaba el sustento. Es también un municipio al que los antepasados históricos de los habitantes actuales, musulmanes primero y cristianos después, le confirieron una singular vocación colectiva, que, paulatinamente, se fue entreverando con la explotación privada o familiar de los recursos. Este hecho se explica porque una naturaleza generosa permitió la reserva para usos colectivos de los llamados *baldíos de Alburquerque*, una inmensa extensión de 7 500 hectáreas de tierras del común, festoneada de encinas, rebollos, carrascos y alcornoques, que se alternan con matorrales y ricos pastizales, y que han proveído de recursos, generación tras generación, a los lugareños y a sus ganados. Estas áreas marginales, ganadas al bosque en el transcurso del tiempo, ejercían una rica función de complementariedad con respecto a la agricultura local.

Los recuerdos rurales de Landero son los de una infancia feliz, cuyo contexto era el de una vida de auténtica subsistencia, en la que, si bien no sobraba nada, las necesidades básicas estaban cubiertas con alguna holgura. El autor, en un pasaje determinado, nos explica cómo en su casa no se consumían frutas que tuvieran que ser compradas, ni dulces adquiridos en el comercio, ni bienes superfluos en general. Las casas en las que vivían habían sido levantadas con la pericia de los que las habitaban, y los muebles habían sido elaborados por las manos rudas de estos avezados campesinos. Eran casas disociadas, e incluso dislocadas, compuestas por una diversidad de construcciones, que incluían, además de la casa de vivir, la destinada al cocinado de los alimentos, los gallineros, el horno, el tinado y otros. Por muy simple que fuera su construcción, y la mejor prueba era que se trataba de construcciones con cubierta a un agua, requerían una llamativa destreza. Materiales tomados del medio, como la piedra, la madera y el barro, proporcionaban la materia prima de las modestas construcciones de mampostería, en unas ocasiones, o de adobe en otras, cubiertas con teja árabe que, a su vez, procedía del barro local. Eran construcciones que precisaban de sencillas reparaciones periódicas y de encalados que proporcionaban una imagen típica, fruto de la alianza entre la estética y la dignidad a partes iguales.

Podríamos decir, sin exageración, algo que parece desprenderse del relato del escritor con meridiana claridad. Luis Landero vivió en una sociedad que habitualmente llamamos tradicional, por varias razones. En primer lugar, vivió en una familia en la que todo lo que se hacía era el resultado de conocimientos transmitidos a través de una larga cadena de generaciones. Realmente, en la obra, no se advierte nada que pudiera ser nuevo. Todos los bienes materiales que se reflejan, todos los conocimientos que se citan, y todo el conjunto de actividades que se mencionan, eran forzosamente idénticos a los existentes varios siglos atrás. De hecho, los niños y los más jóvenes eran considerados “nuevos” cuando ofrecían algún comentario. Conviene subrayar, desde nuestra mirada, y con una perspectiva ecologista, que toda la nómina de costumbres existentes en aquella sociedad alburquerqueña eran rigurosamente sostenibles, como, por regla general, sucede en las sociedades tradicionales. Así, no se tomaba del medio más de lo que éste proporcionaba, y siempre de manera mesurada y prudente. Ninguna de las costumbres de la vida cotidiana que se citan, en relación con la provisión de recursos, ponía en riesgo la continuidad de los mismos. Se explotaba el medio sin esquilmarlo, de modo que los aprovechamientos de animales y plantas se reponían en el

transcurso del ciclo anual. Realmente, cada primavera en Valdeborrachos, donde se hallaba la modesta hacienda de la familia Landero, era un volver a empezar.

Pero hay otras evidencias que impregnan la obra de Luis Landero sobre la sociedad tradicional en la que se desarrolló su infancia extremeña. Hacia 1960, cuando había que tomar decisiones acerca del vestir, de la dieta, de lo que había que sembrar o plantar, por poner algunos ejemplos, se miraba al pasado. No hay muestras en el texto de que la innovación que particulariza a las sociedades modernas fuera una preocupación. Las decisiones que se adoptaban no estaban mediatizadas por la mirada hacia el futuro. Un valor considerado positivo consistía en hacer lo que siempre se había hecho, lo cual era una prueba inequívoca de la existencia de esa sociedad tradicional que envolvía las vivencias de las personas. En el texto de Landero, lo que acabo de decir se formula con una inconfundible tautología, propia de cualquier sociedad tradicional, que el escritor pone en boca de sus familiares: "Si se ha hecho siempre de esta manera, por algo será". Era éste el marchamo de una sociedad en la que el peso de la tradición resultaba aplastante. El padre de Luis Landero, que llevaba un cuarto de siglo pensando en emigrar a Madrid, lo hace en buena medida no atraído por una vida moderna que él conocía de oídas, sino persuadido por el modelo que le depara el estilo de vida del pequeño grupo de notables de aquella sociedad, tal vez con el objetivo de ver a su hijo Luis convertido en un abogado local. Dicho de otro modo, la vida urbana no es un fin en sí mismo, sino el medio para que sus descendientes alcanzaran el lugar que no había ocupado él mismo. Por tanto, el padre de Luis, que es quien realmente toma la decisión de emigrar, no la adopta porque se sienta asfixiado por los cánones al uso en aquella sociedad. De hecho, Cipriano Landero, el padre de Luis, una vez instalada la familia en Madrid seguirá vistiendo el mismo traje negro y los mismos botines de piel de becerro que integraban su atuendo alburquerqueño, y continuará usando la misma garrota que empleaba en Alburquerque, lo cual revelaba que, a pesar de hallarse aún en la cuarentena de la vida, su mentalidad era profundamente tradicional, como veremos un poco más adelante.

Un detalle más que nos ilustra acerca de esa concepción tradicional de la vida por parte de la familia de Luis Landero viene dado por el hecho de que su pequeño mundo, previo a la emigración, empezaba y terminaba en Alburquerque. Las referencias del escritor durante su infancia en la tierra que lo vio nacer, pero también en su adolescencia y primera juventud, una vez instalada la familia en Madrid, y de alguna manera durante toda la vida, procedían de un dilatado grupo de personas emparentadas que delataban la fuerza de la preferente relación con el lado paterno, en aquella sociedad patriarcal. Fuera de este grupo estaba el resto de los habitantes de Alburquerque, y más allá de las lindes de los alburquerqueños no había mundo ni vida. Alburquerque, aquel pequeño cosmos, era percibido por los lugareños como un escenario compartido, y la mejor evidencia de ello es que cualquier acontecimiento, fuera natural o social, era interpretado a escala local. Por supuesto que no era una comunidad cerrada, puesto que los habitantes del lugar también acudían a las localidades vecinas, llegado el caso, para realizar pequeñas compraventas de bienes o de servicios. Sin embargo, era una comunidad, en el sentido de la *Gemeinschaft* que decía Tönnies (1887), esto es, de la vivencia de una colectividad, en la que las personas, a la hora de tomar decisiones, pensaban en el efecto que estas tendrían para los demás lugareños, tratando con ello de buscar el mayor grado de acuerdo. Eso sucedía por la sensación de vigilancia permanente que sienten la personas en la sociedad tradicional.

Todavía hay otro aspecto más que nos ilustra sobre la vida tradicional que vivió Landero en su niñez. A lo largo de su obra, y cuando se refiere a Alburquerque, está ausente cualquier preocupación por la medida del tiempo. De hecho, no parece que estuvieran sometidos a la coerción del reloj. El transcurso del tiempo lo mostraba la naturaleza misma. Las unidades de tiempo estaban marcadas por las estaciones e, incluso, por un dominio difuso que aparece en la obra de Landero, que era la llegada y la terminación de algo que se denominaba *el buen*

*tiempo*, que era el de mayor actividad para los labradores. Durante grandes épocas del año, todos los días eran iguales, por lo que carecía de importancia la preocupación por las cesuras semanales. Sin embargo, la luz natural de los días determinaba el tiempo de trabajo, y éste era cambiante a lo largo del año, simplemente porque los días crecen y menguan de manera constante. El día en aquella sociedad tradicional estaba hecho de rutinas que iban cambiando según pasaban los meses. Seguramente, la referencia invariable durante todo el año era la de la hora de la comida, muy cercana al mediodía, porque la hora del desayuno y la de la cena dependían en alguna medida de la duración de la luz natural.

## 5. EL MARCO FAMILIAR

La lectura detenida de la obra de Luis Landero nos proporciona las claves para entender el funcionamiento de una familia tan tradicional como lo era la sociedad rural extremeña en este espacio del norte pacense de la raya, a mediados del siglo XX. En esta familia se produjo la socialización del escritor y la adopción de ese conjunto de esquemas vitales que componen el *habitus*, en el sentido que le dio Pierre Bourdieu (1991a y 1991b) a ese principio de percepción y acción incorporado inconscientemente a los esquemas mentales de una clase social determinada. Toda la socialización del niño se realizaba en el contexto de la red de parientes. Las vivencias del autor de la obra se desarrollan en un rico contexto familiar en el que intervienen numerosos actores, tales como padres, hermanos, abuelos, tíos, primos y otros familiares. La familia es un espacio de convivencia apretada, en el que el niño se nutre de emociones, afectos, gustos e intereses desde los primeros momentos de la vida. La familia materna de Landero presenta muchos de los caracteres propios de una familia extensa. La madre vivió hasta el momento del matrimonio en un grupo familiar compuesto por una veintena larga de personas. Con sus padres convivían otros cuatro matrimonios más, de los cuales tres correspondían a la parte paterna de la madre y uno a la materna, y todos tenían hijos. La madre de Luis Landero tenía un hermano y tres hermanas que integraban un extenso grupo familiar. Según la descripción que se nos proporciona en la obra que estudiamos, cada uno de estos matrimonios vivía en una casa distinta, aunque todos ellos trabajaban juntos. Si bien durante el día compartían la cooperación y la ayuda mutua, la comida la realizaba cada unidad independientemente, igual que el descanso nocturno. Si bien la integración de todas las familias en una sola no era absoluta, debido a la separación que experimentaban las diferentes unidades en algunos momentos del día, el funcionamiento de este grupo de parientes es análogo al que es propio de una familia extensa. Así, comparten horno, tinados, espacios destinados a las aves de corral y las zahúrdas. Pero hay separación económica entre las familias (comen separadas) y división productiva (por ejemplo, cada familia tiene sus propias aves de corral). Sin embargo, la socialización infantil se realizaba en el seno de una estructura familiar muy similar a la de la familia extensa.

En la descripción de Landero, la familia paterna debía ser más parecida a una familia extensa *sensu stricto*, aunque la información que proporciona no permite distinguir si se trataba de una suma de familias nucleares, de una familia extensa o de una red de parientes. Sin embargo, como en el caso de la familia materna, la socialización parece que se producía en el contexto de algo que podemos denominar familia extensa. Tanto en el caso paterno como en el materno, la familia y la socialización de sus miembros adopta una morfología propia de un ámbito rural de la sociedad tradicional. En los cuidados del niño participaban numerosos parientes, todos los cuales contribuían a la forja de la personalidad del pequeño. Algunos aspectos de la vida familiar del autor refuerzan ese perfil tradicional. Por ejemplo, el matrimonio de la hermana mayor del escritor con su primo Paco, es compatible con una sociedad rural donde la endogamia de sangre y la local son frecuentes. Se da la circunstancia de que la socialización de los futuros cónyuges había sido muy intensa en la infancia, mientras vivieron en Alburquerque, y así siguió sucediendo en Madrid, cuando Paco decide instalarse

en la capital, como emigrante, en casa de sus primos, con el propósito de abrirse camino, junto a Luis, en el enmarañado mundo artístico. Asimismo, algunos matrimonios no obedecen a la elección personal de los cónyuges, sino que responde a imposiciones familiares. Este es el caso de la unión de Cipriana, la tía paterna de Luis Landero, con un individuo de la localidad del cual no estaba enamorada, pero con el que contrae nupcias al no poder resistir la coacción paterna. A propósito, la temprana edad del matrimonio y las cinco hijas que Cipriana tenía cuando, con 21 años, pierde a su marido, también revelan los caracteres típicos de una demografía que en los años cincuenta del siglo XX era aún tradicional en esta parte del campo extremeño.

Fuera de la endogamia de sangre, la otra endogamia que está muy presente es la territorial. Todas las personas de la familia de Landero que se mencionan en la obra habían contraído matrimonio con personas de su mismo espacio geográfico, esto es, residentes en el municipio de Alburquerque y sus inmediaciones. Los padres de Luis Landero vivían en parajes cercanos, que eran Valdeborrachos y Los Barros, de lo que podemos llamar la Extremadura profunda. La endogamia también explica que las personas matrimonien con cónyuges de su misma clase social o similar, y de la misma lengua y cultura. Por esta razón, a pesar de la convivencia con gente del otro lado de la raya, los matrimonios de españoles y portugueses eran infrecuentes. Da la impresión de que la familia paterna de Luis poseía una situación económica más favorable, según se deduce de la circunstancia de que sus padres fueran propietarios de una hacienda modesta, mientras que los de la familia de la madre eran arrendatarios. Pero estas diferencias en el seno del campesinado local, aun poseyendo significación, a veces notoria, no servían para trazar distancias sociales acusadas, porque, al fin y al cabo, todos formaban el grupo de labradores humildes.

## 6. UNA SOCIEDAD DE SUBSISTENCIA

La sociedad alburquerqueña que nos presenta Luis Landero, tal como era en su infancia de los años 50, se muestra como la nítida expresión de la subsistencia. Dicho de manera sencilla, producían para el consumo y reservaban lo imprescindible para el cambio. La dieta diaria se componía de alimentos que procedían del cultivo de la tierra, de la crianza de animales y, ocasionalmente, de la caza y la pesca. De esta manera, consumían abundantes garbanzos con repollo, tocino y morcilla, así como arroz con bacalao, migas, patatas, tomates, frijones, pan con aceitunas, pan con tomate, sopa de tomate, sopa de poleo, sopa de trapos, queso de oveja, queso de cabra, carne de borrego, de ternera, de cerdo, de pollo y de pavo, embutidos caseros, guisos de perdiz y otras piezas de caza, ancas de rana, peces de la ribera, pestorejo, chanfaina, perrunillas, rosquillas, dulces recios, pepitas tostadas de melón y otros alimentos, siempre producidos por la familia. Y, por supuesto, la leche procedente del rebaño heteróclito de la familia. La pesca procedente de los arroyos locales proporcionaba alimento abundante en algunas épocas del año, cuando se consumían jaramugos, burdillos y otros peces que aportaban proteína a la dieta.

Sin embargo, la familia precisaba cambiar una parte de la producción por bienes de subsistencia. Existía un comercio local, ambulante, que alimentaba las pequeñas transacciones en la puerta misma de la casa, sin necesidad de desplazamiento de los lugareños. Para ello, periódicamente se acercaban a la pequeña explotación familiar distintos recoveros y marchantes. A los primeros, los lugareños les vendían huevos, pollos, gansos, pavos, pellicas, chacina, legumbres, hortalizas, etc., y con el magro beneficio producido, a los marchantes les compraban telas, tabaco, licores, navajas, mecheros, relojes, bisutería barata, golosinas, etc. Landero explica cómo aquel cortijo de Valdeborrachos era visitado asiduamente por estos comerciantes ambulantes, pero también por contrabandistas, por vendedores de bacalao y de sardinas, por curanderos y por ensalmadores, todos los cuales llegaban en sus pobres monturas para realizar sus pequeñas transacciones. El bacalao, por cierto, al igual que sucede al otro lado de la raya,

tenía mucha importancia en la dieta, sobre todo porque era un alimento que se vendía salado, de suerte que su conservación se alargaba muchos meses, durante los cuales permanecía presto para ser consumido en crudo o cocinado. Aunque Landero no entra en detalles, sabemos que, en toda esa parte de la Extremadura rayana, por aquellos años del ecuador del siglo XX, el contrabando de tabaco y de café estaba a la orden del día (Medina, 2003), lo cual explica la frecuencia con la que, según Landero, la pareja de la guardia civil visitaba aquellos parajes y recalaba en el cortijo familiar.

Era una economía de subsistencia sostenible, extraordinariamente eficiente, y minimalista, en la que no cabía el dispendio. Una forma de vida coincidente con la que algunos investigadores hemos llegado a estudiar, y cuyos estertores hemos podido examinar. El control en el consumo, por ejemplo, de garbanzos se plasmaba en un cálculo, consistente en un puñado para cada comensal (y medio para el gato), o el aprovechamiento de “las sobras” en las sucesivas comidas mediante combinaciones de todo tipo, o el empleo ingenioso de cuanto podía servir como alimento, como los hongos en algunas épocas del año, especialmente las criadillas vegetales que eran elevadas a la categoría de manjar. Más aún, el tabaco que consumía el abuelo Luis había sido cultivado con esmero, previamente, en el huerto familiar. Ni siquiera utilizaba para encender el cigarrillo otra lumbre que la que producía chiscando el pedernal. Quizá el ejemplo más emotivo de todo este mundo subsistente era la lápida de pizarra, con una austera inscripción (a falta de la fecha del deceso) que el abuelo guardaba en el corral para cuando llegara el momento de la partida.

Bien expresivo de aquella sociedad tradicional que conoció Landero en los paisajes adeshados de su tierra natal era el ejercicio de la reciprocidad. En una sociedad como aquella, los bienes que se consumían procedían de la pequeña producción doméstica, cuyos nimios excedentes se convertían en réditos destinados a la compraventa. Pero aún había otra manera de acceder a los bienes y servicios, y era la que procedía del ejercicio de la reciprocidad. Cualquiera que lea la magistral obra de Landero, se dará cuenta de la importancia del don en aquella vida de la ruralía alburquerqueña. Las personas daban de lo que tenían cuando adivinaban que a otros les faltaba. Pero todo el que recibía, como en cualquier lugar, y tanto más en aquellos lugares, donde la reciprocidad poseía una gran importancia como forma de distribución de los bienes y servicios, adquiría la obligación de devolver, o como se decía localmente de *corresponder* (nótese la semántica del término). Una primera forma de practicar esta correspondencia era mostrando un profundo agradecimiento por el regalo, el cual siempre era pequeño. ¿Por qué era pequeño? Porque no se trataba de apresar al receptor con el regalo, sino de crear un vínculo social duradero y afectivo, permitiendo que quien lo recibía pudiera devolverlo más adelante, cuando fuera, expresando de este modo su inmenso agradecimiento. Obviamente, estamos ante lo que denominamos *reciprocidad generalizada*, tan propia de las sociedades tradicionales. Dice Landero, quizá con hipérbole, que cuando alguien no era capaz de devolver un regalo (por falta de tino del dador), se prefería no aceptarlo. Ciertamente, es mucho más frecuente que cuando se regala se opte por la transferencia de bienes o servicios asequibles, para que, en la dinámica de la reciprocidad, puedan ser devueltos también de manera fácil y sencilla, aunque lo dado y lo devuelto no sean equivalentes.

## 7. UNA SOCIEDAD ESTRATIFICADA

La vida cotidiana de Landero durante sus años de la infancia y de la adolescencia se desenvolvía, aparentemente, entre gente de igual condición, integrante del campesinado local. El padre del escritor, igual que el resto de los miembros de la familia, es el paradigma de un campesino típico de esta parte de Extremadura que riegan el Guadiana y el Gévora, en la que un paisaje agradecido alterna vegas y dehesas generosas. En el entorno de la familia no había más que campesinos, o, si se prefiere, en la precisión de Luis Landero, más que labradores. Labrador ha sido el término histórico utilizado para aquéllos que, cultivando la tierra con

ímprobo esfuerzo y con proverbial tenacidad, podían sobrevivir. La familia del autor pertenece al grupo de labradores “con capital”, es decir con tierra propia, lo cual trazaba ya una diferencia con los arrendatarios y con los aparceros, tal y como se ha dicho. El canon que los arrendatarios habían de satisfacer y la parte con la que contribuían los aparceros convertía a unos y a otros en campesinos pobres. Los pequeños propietarios, también pobres casi por definición, vivían frecuentes períodos de carencia, al albur de la cosecha, pero en condiciones mucho mejores que los arrendatarios y los aparceros, aunque solo fuera porque eran dueños de su propio destino, y a pesar de que éste fuera cruel en ocasiones. Landero describe magistralmente cómo era una familia campesina como la suya, cuando nos explica que poseía una finca pequeña o mediana de secano, dos o tres caballerías, un rebaño de ovejas o de cabras, ocasionalmente con pastor, unos pocos cerdos para la matanza y una huerta, aparte de la casa de labranza que se alternaba, por regla general, con la casa de la villa.

Los campesinos con pequeña hacienda, o con “pequeño capital”, estaban, sin embargo, lejos de los propietarios medios de la tierra, negando así cualquier intento de homogeneizar esa categoría que denominamos campesinado (vid. Gómez-Pellón, 2010: 66-80). Una vez más, Landero nos ayuda a caracterizarlos. Dice que los propietarios medios tienen mucha más tierra, más animales de trabajo, más medios, dos o tres criados fijos, y, dependiendo de las épocas del año, alguno más a jornal. Más allá de estos campesinos pudientes estaban los terratenientes, con los cuales las diferencias eran muy notables, en la estela de la histórica inequidad propiciada por la posesión de la tierra en el medio rural de regiones como Andalucía y Extremadura (vid. Martínez Alier, 1968). Si los campesinos pudientes podían librarse en alguna medida del trabajo diario, los grandes propietarios podían ser rentistas afortunados, y las más de las veces absentistas.

Los habitantes del medio rural más proclives a la emigración procedían de las capas medias y bajas del campesinado, y del sector de los jornaleros y los peones. Aunque la situación de los primeros era difícil, lo era aún más la de los últimos, como integrantes del grupo de mano de obra asalariada, cuyo trabajo era estacional y sujeto a los vaivenes de la producción y del mercado y, sobre todo, sometidos a la onerosa explotación de los propietarios de la tierra que los contrataban. Todos ellos vivían menesterosamente, en condiciones a veces rayanas con el hambre, especialmente en momentos de soldadura estacional. Aunque en Alburquerque la población se mantuvo muy estable en la primera mitad del siglo XX, algunos naturales fueron tomando poco a poco el camino de la emigración. Ahora, en 1960, al calor de los cambios económicos que está introduciendo el régimen, la migración interna con destino a las grandes ciudades españolas se intensificará.

Al comienzo de este trasiego, cuando emigran los Landero, no parece que estén imitando a otros emigrantes, sino que, más bien, tratan de emular la vida de los que vivían mejor en la escala local, como va dicho, para los cuales Landero reserva la expresión de *la gente gorda*. Da la impresión de que esta gente gorda está compuesta por rentistas, comerciantes prósperos, ejercientes de profesiones liberales, caciques locales y otras personas por el estilo, es decir, por ese conjunto de alburquerqueños que dispone de medios para llevar una vida muy cómoda, con una excelente disposición de gasto. En Alburquerque, como en otros pueblos y villas, especialmente de la mitad meridional española, este género de vida se halla indefectiblemente unido a las instituciones del ocio local, empezando por el casino, expresión viva de la estratificación social. El casino era el espacio reservado para la pequeña elite local, en el que la manera de vestir, la forma de hablar, los ademanes al uso y el dispendio, incluido el entretenimiento que brindan los juegos de azar sujetos a apuesta, marcaban la diferencia. Y, por encima de todo, la elite se beneficiaba de la barrera representada por el derecho de acceso al casino local, que, regularmente, estaba determinado por la condición de socio, la cual garantizaba el uso y el disfrute de una interacción social que no estaba al alcance del resto de

los grupos sociales. Era también el caso expresión de orgullo, de soberbia, de vanidad, de machismo y de poder, que se traducían en dominio.

¿Era tan difícil la vida en el medio rural? Obviamente para los que poseían una situación más favorable no lo era. Para la mano de obra asalariada que participaba en la actividad agraria la situación era dolorosa. En cuanto al pequeño campesinado, éste vivía sobre el filo de la navaja, en medio de esperanzas y de desesperanzas, entre la satisfacción de tener qué comer cada día y la frustración de no poder escapar de un sino en el que era posible seguir viviendo como habían hecho los antepasados, pero sin unas mínimas expectativas de progreso personal. La vida de estos alburquerqueños era tristemente frágil. La inseguridad se extendía por todos los intersticios de la vida cotidiana, y lo hacía a menudo con una marcada intensidad. El crecimiento inesperado de la familia y, especialmente, los cambios sobrevenidos por la enfermedad y la muerte de algún miembro activo de la familia provocaban angustia y mucho sufrimiento.

A propósito, Landero va desgranando en su obra los numerosos miedos que asolaban la vida diaria de aquellos campesinos curtidos, y lo hace repasando todos aquellos que eran objeto de cualquiera de las conversaciones que tenían lugar en su propia familia, y que el escritor recordaba con pavor. Por ejemplo, el miedo a que enfermara alguno de los miembros de la familia poniendo en riesgo la subsistencia de la unidad. El miedo a la pérdida de la cosecha, por exceso de agua o por la sequía, paralizaba a toda la familia porque el hambre se apoderaría de sus miembros de forma inmediata; el miedo a que las plagas hicieran su aparición y alcanzaran a sus pobres cultivos, a su pequeña cosecha o a su modesta ganadería: los hongos del trigo, el gorgojo de los garbanzos, la modorra de las ovejas, etc.; pero, junto a estos miedos insuperables, había otros, quizá más prosaicos, pero que irradiaban honda preocupación: el pimentón adulterado que echa a perder la matanza, el milano que se lleva a los polluelos, el raposo que mata a las gallinas o los gansos, el lobo que entra en el redil de los corderos, etc. Había, incluso, miedos que hacían temblar a aquellos pobres infelices, solo pensando en la amenaza permanente que representaban: la denuncia inesperada, la reactivación del viejo pleito, la puesta en entredicho del buen nombre familiar, o la simple recepción de un documento requiriendo de algún miembro de la familia su presencia en una oficina de la administración, en el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción o en el Ayuntamiento, sin entender siquiera el motivo de la exigencia. La política les resultaba tan abstrusa que no se mencionaba, entre otras razones por miedo, y cuando había alguna referencia que tocara ligeramente la política, se bajaba la voz, haciéndola casi inaudible, para realizar un brevísimo comentario. La alusión a cualquier contingencia con algún viso de materializarse era tanto como mentar la soga en casa del ahorcado, lo cual explica que fueran muchas las cosas que se sobreentendían y las que se omitían deliberadamente en las conversaciones de la vida cotidiana.

## 8. LA EMIGRACIÓN A LA GRAN CIUDAD

En el otoño de 1960, mientras transcurre el mes de octubre, Cipriano Landero Becerra, que así se llamaba el padre de Luis Landero, parte hacia Madrid, después de haber madurado la decisión desde hacía años. Lo hace con su esposa, sus tres hijas y su único hijo varón. La impresión que se extrae de la lectura del libro es que se trata de una decisión tomada sustancialmente por Cipriano Landero, tras una larga reflexión que se había prolongado por espacio de varios años. El matrimonio no viaja atraído por familiares, convecinos o conocidos, ni lo hace por razones que podemos llamar ideológicas, sino tratando de buscar una vida mejor para sus hijos. El modelo de lo que pretenden está tomado de la elite local: desean que sus hijos ocupen un puesto honroso en la sociedad, convencidos de que la vida campesina cercena esa posibilidad. Ante todo, Cipriano Landero no quiere que sus hijos sean campesinos, como lo ha sido él, al igual que todos sus antepasados, sin excepción. Su única salida del pueblo natal para realizar un viaje, estimado entonces como largo, se había producido hacía por

entonces un cuarto de siglo, por causa del servicio militar y, sin solución de continuidad, para participar en la guerra civil. Como una gran parte de los españoles de su tiempo, combatió en los dos bandos, y no hay en él un compromiso que pudiéramos llamar político, tal y como pudo acaecer entre otros españoles de la época.

Ni antes ni después de su dilatado paso por la milicia ha salido Cipriano Landero de su tierra natal, mientras que su mujer y, a buen seguro, sus hijas tampoco lo han hecho. Sin embargo, su hijo Luis ha permanecido interno, al menos dos cursos, en un colegio religioso madrileño, lo cual era novedoso entre el pequeño campesinado, y más aún lo era que el lugar elegido fuera la capital de España, en una época en la cual la burguesía rural e internaba a sus hijos colegiales en ciudades andaluzas, y especialmente en Sevilla. Por lo que parece, la medida más hiriente para él, que era el titular de la hacienda, había consistido en vender una parte importante de la finca que poseía en Valdeborrachos (Alburquerque), justamente la que precisaba para iniciar una vida nueva en la urbe madrileña. Tiene entonces Cipriano Landero 46 años, y su mujer 43, de modo que la edad de él es muy superior a la de la mayoría de los emigrantes de los años sesenta, y está tan enfermo que ni siquiera pretende encontrar un trabajo que, a buen seguro, no podría desempeñar. Por tanto, es solo la búsqueda de una movilidad social ascendente, especialmente pensando en sus hijos y, sobre todo en su hijo varón, la que se halla en el fondo de la decisión, acaso persuadido de que pueda hallarse en el tramo final de la vida.

Los Landero se establecen en Prosperidad, uno de los suburbios históricos de Madrid, por más que hoy éste se halle perfectamente integrado en la villa capital. Cuando llega allí esta familia de inmigrantes extremeños, en el otoño de 1960, Prosperidad era un extrarradio madrileño, que había crecido a la sombra del ensanche iniciado en 1860, el cual no concluiría hasta época de la Segunda República, cuando empezaba a correr la década de los años treinta del siglo XX. Si el ensanche se configuró mediante criterios de estratificación social, creando barrios en el norte para las clases altas y barrios en el sur para las clases bajas, los extrarradios terminarían por albergar la periferia social, como consecuencia de un fenómeno de desborde. Precisamente, haciendo frontera con el ensanche por el noroeste madrileño, se hallaba Prosperidad, un espacio urbano que, aun siendo inicialmente un extrarradio, permaneció integrado tras el ensanche en el seno del municipio de Madrid, al revés que los extrarradios que habían quedado ubicados en los municipios colindantes. Más tarde, coincidiendo con la absorción por parte del municipio de Madrid de los municipios colindantes y con la reorganización del espacio urbano resultante, entre 1948 y 1955, Prosperidad constituirá uno de los barrios que conformen el distrito de Chamartín. Todavía en 1960 albergaba un paisaje de colonias-jardín, creadas durante la dictadura de Primo de Rivera, y de viviendas sociales de la primera postguerra, salpicado de casas humildes, que constituía en su conjunto un espacio urbano mal equipado y con insuficientes servicios. Sin embargo, el barrio resultaba un tanto privilegiado por su situación, relativamente cercana al corazón madrileño, colindante también con barrios de clases medias, en uno de los extremos del Madrid moderno.

Precisamente, y ello se evidencia en la obra de nuestro escritor, en aquella primera década de residencia de los años sesenta en Prospe, como ya era denominado entonces el barrio entre los madrileños, este espacio urbano sufrirá una gran transformación. El aluvión de inmigrantes que había recibido el barrio en los años previos había sido notable, y aún persistirán los efectos de este fenómeno en la década de los sesenta. Por estos años comienza una rápida evolución de la fisonomía urbana del barrio, debido a que las casas populares más antiguas son sustituidas por construcciones modernas, pero, sobre todo, a que el barrio es equipado con infraestructuras modernas y con un número creciente de servicios que trata de modernizar la imagen de la capital (vid. Valenzuela, 2010). Este hecho hace que Prosperidad se convierta en un barrio cada vez más apetecido por las clases medias, y que el precio de la vivienda se encarezca aceleradamente. Ese cambio también queda patente, al hilo del relato

de Landero, cuando nos dice que, paulatinamente, el barrio se llenó de bloques de viviendas, con calles amplias y rascacielos. Por de pronto, los descampados que Luis Landero hallaba a tiro de piedra de su casa, camino de Barajas, y probable escenario de sus primeras pifias de adolescente, van a resultar engullidos por el tejido urbano, igual que los solares donde pastaban las ovejas, que, al final del día, pasaban por delante de la casa familiar, con destino al Canal de Isabel II donde abrevaban antes de majadear.

Es importante recordar que la obra de Landero recrea la vida de un barrio de Madrid de los años sesenta y setenta en una obra autobiográfica escrita en 2014, y que, aunque posee visos de realismo social, no guarda relación con las obras de los años cincuenta y sesenta sobre este tema (García Ponce, 2015), ambientadas casi siempre en los extrarradios madrileños, algunos de cuyos autores más conocidos, integrantes de la llamada generación de 1950, son Juan García Hortelano (*Nuevas amistades*, 1959) y Luis Martín Santos (*Tiempo de silencio*, 1962), por poner algunos ejemplos. Estos últimos autores recrean sus obras en la *estética de la fealdad*, en un realismo social extremo, en un mundo de chabolas, a menudo enclavadas en espacios indeterminados de los extrarradios del sur de Madrid. Curiosamente, esta tendencia literaria encontrará su prolongación en un neorrealismo social tardío, presente en las novelas de Carmen Martín Gaité (*Esperando el porvenir*, 1994), en un momento en el cual este realismo social de carácter literario ha cedido los espacios del Madrid marginal (en Barcelona el fenómeno, patente en el mundo de las barracas, es análogo al de las chabolas de Madrid) al cine y a la novela negra, dueños estos últimos por entero, en los años de la Transición política, y aún en los ochenta y noventa del siglo XX, de los llamados *espacios del desencanto*. La novela de Luis Landero, muy al contrario, se caracteriza por encuadrarse en un cronotopo concreto, y por constituir el retrato magistral de una familia de inmigrantes.

## 9. LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO MICROCOSMOS

Cuando esta familia extremeña llega a Madrid, en 1960, se incorpora a un mundo desconocido. Cipriano, el padre, que no parece tener contactos con familiares ni con paisanos, ha preparado el viaje con mucha anticipación. Tras vender parte de la finca de Valdeborrachos, en Alburquerque, ha invertido el beneficio en la adquisición de un piso en Prosperidad. A pesar de ser una familia campesina muy modesta, ha optado por una solución que no suponga la servidumbre del pago de una renta, lo cual revela que se trata de inmigrantes rurales que, siendo pobres, son clasificados como “de medio pelo”, como se decía en la época. El hecho se aviene con una mentalidad de campesinos dueños de la tierra, que tienen un altísimo sentido de la propiedad de las cosas y que quiere asegurar el futuro de la familia. Pero Cipriano Landero no solo ha adquirido el piso para vivir en los años futuros, sino que también ha pensado en una morada para el más allá, para lo cual ha realizado la compraventa de una sepultura de seis cuerpos, persuadido por la idea de permanencia de la familia, y de las instituciones en general, ligadas a la tierra que él conocía, trascendiendo la transitoriedad de las personas que integraban el grupo familiar. Se trata de una emigración a la vida urbana conservando íntegramente, o en el grado más alto posible, la independencia que poseía previamente. Gran parte de los inmigrantes extremeños se instalaban en las áreas situadas más al sur de Madrid, en zonas muy populares, pero Cipriano Landero insistirá siempre en su cualidad de “campesino con capital”, queriendo significar, tal como se acaba de comentar, que pertenecía a una clase social que se alzaba ligeramente sobre otras más desfavorecidas que la suya.

El siguiente paso consistirá en reproducir, hasta donde sea posible, la vida alburquerqueña. Para ello, en el viaje la familia se acompaña de aquello que les puede permitir remedar en Madrid la vivencia extremeña. Así, entre los bienes muebles, llevan consigo todo tipo de utensilios propios de la vida doméstica, sabedores de su valor material, de la necesidad de realizar las menos inversiones posibles, de conservar el patrimonio familiar, y convencidos de que la casa de Madrid debe parecerse a la extremeña. Entre los objetos que transportan se

hallan los calderos de cobre, las fuentes de loza, las orzas de barro, las ollas y sartenes de hierro, las damajuanas, los sacos de arpillera, y hasta los cuchillos de la matanza y la piedra de afilar el hacha. Más aún, también transportan bienes semovientes: seis gallinas, un gallo y el gato. Las aves de corral serían ubicadas en la terraza de la casa. El piso, que tenía una superficie de alrededor de 70 metros cuadrados, reunía unas condiciones de vida superiores a las que poseían las viviendas de otros muchos inmigrantes cuya lamentable situación rondaba la pobreza. Reunía las condiciones suficientes para llevar a cabo un plan trazado de antemano, y consistente en que todos los miembros de la familia trabajaran incansablemente en el modesto taller textil instalado en el piso donde iban a residir, sin otra dependencia que la que era propia de la sumisión al compromiso familiar.

Se trataba de un taller compuesto por una enorme tricota de hierro colado que, complementada con una devanadora y una máquina de coser, permitía a la unidad familiar producir diversos tipos de prendas en condiciones que actualmente resultan inimaginables. Una de las habitaciones de la casa quedó convertida en taller desde el mismo momento de la llegada a Madrid. En nueve o diez metros cuadrados se desplegaba una inusitada actividad, que no cesaba ni durante el día ni en el transcurso de la noche. En el libro, Landero no explica de dónde procedían los conocimientos y la experiencia que permitían a la madre y a las dos hijas mayores cumplir con los encargos, turnándose en un trabajo duro y fatigoso al pie de una máquina extraordinariamente ruidosa como era la tricota. Tampoco sabemos cómo sobrellevarían los vecinos del inmueble la convivencia con los nuevos propietarios. El padre de familia, enfermo y atrapado por una especie de permanente abulia, se encargaba de las labores de reparación y mantenimiento de unas máquinas que no pasaban de ser rudimentarias. Luis, el hermano pequeño y futuro escritor, colaboraba realizando pequeños trabajos en el taller familiar y efectuando todo tipo de recados, los cuales le daban pábulo para justificar su insuficiente dedicación a los libros.

La vida de las familias inmigrantes en la urbe era difícil, y solo con un gran número de unidades de trabajo invertidas podían prosperar. Al igual que la familia de Landero, era lo común por parte de otras familias de inmigrantes que no pudieran dar marcha atrás una vez emprendida la emigración. Habían vendido los escasos bienes que poseían en el pueblo para iniciar un viaje sin retorno. La manera de optimizar los resultados consistía en trabajar imparablemente el mayor número posible de miembros de la familia. El hecho de que emigrara toda la familia entrañaba riesgos muy notables, porque reducía las posibilidades de corregir la decisión. Era mucho más habitual que el emigrante fuera soltero, o que, en el caso de que tuviera hijos, tratara de minimizar los riesgos, viajara primero que el resto de la familia, a fin de sondear las oportunidades que ofrecía el destino elegido, y que, solo después de algún tiempo, y cuando ya estaba mínimamente asentado, arrastrara tras él al resto de la familia.

De aquel taller textil salían cada día trabajos de punto y costura, que, aunque no nos lo dice el escritor, serían recogidos periódicamente por un empresario. El sistema de talleres domésticos está en el origen de la industrialización, por más que, poco a poco, remitiera ante otras formas de organización del trabajo más eficientes y se convirtiera en marginal. Sin embargo, en los países mediterráneos, debido al atraso industrializador, ha seguido existiendo hasta fecha reciente, y aún lo encontramos en determinados ramos de la producción, siempre de forma periférica. En el Madrid de los años sesenta estos talleres domésticos estaban a la orden del día, por lo que se entiende que podían contribuir al sustento de una familia de inmigrantes. Era de este modo como la familia de Cipriano Landero elaboraba distintas prendas, como *jerseys*, chalecos, rebecas, chaquetas y otras prendas por el estilo. La parte más delicada del proceso, que consistía en el ensamblaje de las prendas, era responsabilidad de la esposa, mientras las hijas aprendían la técnica. Todo este febril quehacer no hubiera sido posible sin la ilusión de conquistar el porvenir, puesto que, como nos dice Luis Landero, habían emigrado, sabían que eran emigrantes y estaban dispuestos a llevar a cabo cualquier sacrificio.

No obstante, por encima de todo, existía un sentido de la dignidad que era necesario mantener. En aquella precariedad, el padre rechazaría un humilde trabajo de vigilante nocturno, propio del Madrid de los años sesenta, debido a su estado permanentemente alicaído, aunque él lo justificara en el hecho de que la oferta era impropia de alguien que “tenía capital”. Un labrador de secano y propietario como él, hijo y nieto de labradores, no podía convertirse en mano de obra asalariada a ningún precio.

## 10. EL PESO DEL MEDIO RURAL EN EL URBANO

La novela de Landero nos ayuda a entender muy bien los cambios que se introducían en las vidas de los emigrantes rurales cuando llegaban a la urbe. Da la impresión de que se trataría de cambios que habían de ser lo más livianos posible y realizados gradualmente. En otras ocasiones, como la que nos ocupa, la resistencia a las novedades adquiría una gran intensidad. Cipriano Landero siguió siendo un labrador de secano en Madrid. Un labrador, porque ni su vestimenta, ni sus ademanes, ni su sistema de valores sufrieron modificaciones notables, a pesar de que había cambiado su estilo de vida. El padre de Luis Landero, fiel a la tradición aprendida, como nos explica el escritor, siguió vistiendo en Madrid exactamente igual que lo hacía en Alburquerque, que, al fin y al cabo, era como vestían los labradores extremeños de la época: chaqueta y pantalón negros u oscuros, y debajo de la chaqueta siempre un chaleco, también oscuro. El pantalón podía ser de pana, de dril o de cutí. Y nunca llevaba el pantalón ajustado, con el cinturón a través de las trabillas, sino siempre cinchado, como acostumbran los paisanos aún hoy en algunos lugares. Debajo del chaleco vestía la camisa blanca o clara de rayas. Además, los hombres llevaban sombrero de fieltro. El atuendo era independiente de que hiciera frío o calor, ajeno al paso de las estaciones. Cuando arreciaba el frío, se añadía una pelliza gruesa. El calzado, indefectiblemente, sin asociación con las distintas épocas del año, consistía en los ruidosos botines de piel de becerro color caoba, elaborados por los artesanos locales. Hasta el mismo momento de su fallecimiento, cuatro años después de la llegada a Madrid, siguió vistiendo igual que lo había hecho siempre, y, por ejemplo, jamás llegó a calzar zapatos de fabricación industrial. El atuendo se completaba con algo que era inseparable de los labradores, especialmente de la raya portuguesa, como era la garrota en la que se apoyaba. Cipriano Landero fue enterrado con el mismo traje oscuro o negro que vistió a diario en los últimos años de su vida, lo cual prueba que la resistencia al cambio de valores, empezando por los estéticos, fue muy acusada en el caso de los padres de Landero, y podemos imaginar que así sucedería en los casos de otras muchas familias de emigrantes llegadas a la urbe.

Es posible, además, que la garrota poseyera su propia carga simbólica, puesto que era inseparable de muchos hombres. Landero cuenta que no ha olvidado jamás el sonido estremecedor que producía su padre cuando colgaba la garrota en la percha. Sin embargo, no era el único atributo de autoridad. Cipriano Landero, como otros hombres del medio rural, llevaba siempre consigo una navaja que portaba en uno de los bolsillos del chaleco. El hecho ha sido común en España y aún no es infrecuente. El autor de este artículo vio con asombro, en los años ochenta del siglo pasado, en este caso en Asturias, mientras realizaba trabajo de campo, cómo la navaja era uno de los objetos masculinos más usados, debido a las múltiples funciones que tenía asignadas. Este mismo autor pudo comprobar que los hombres la empleaban como complemento de casi todos los quehaceres relacionados con la vida cotidiana, en la casa o fuera de ella, pero también cuando tomaban una manzana u otra fruta en el campo, o, incluso, como elemento del aseo personal de las uñas, incluido el corte de las mismas. Landero explica lo llamativo que resultaba ver a los hombres de su familia desplegar la navaja para cortar el pan en la comida. A propósito, el escritor hace una afirmación que el autor del presente trabajo puede corroborar con sus observaciones de primera mano: la navaja en el medio rural es un objeto personal, radicalmente intransferible, que no se le presta a nadie, y que, por regla general, acompaña al portador durante lustros o décadas, y a veces durante toda la vida de

adulto. Más aún, podría añadir que nadie, ni siquiera dentro de la familia, suele tocar un objeto como éste. Pues bien, parece meridianamente claro que, tras su llegada a Madrid, el padre de nuestro escritor siguió portando en el bolsillo del chaleco la navaja de toda la vida. Es obvio que la navaja continuó constituyendo una expresión de dominio insoslayable.

Asimismo, es de suponer que la madre de Luis Landero siguió vistiendo de manera similar a como lo hacía en Albuquerque. El apego a la costumbre de los emigrantes, especialmente cuando habían salido del medio rural por vez primera en edad adulta, impedía, por lo regular, que estas gentes modificaran, al menos en los primeros tiempos de su llegada a la ciudad, sus hábitos. La extracción campesina dejaba marcas indelebles en la personalidad, que hacían muy visibles los orígenes. Es de esperar que la madre de Landero siguiera vistiendo en el Madrid de los años sesenta de manera similar a como lo hacían las mujeres alburquerqueñas, fueran jóvenes o viejas, esto es, siempre con prendas de color negro, marrón, u oscuro en general, que incluía por lo regular un pañuelo con el que toda mujer casada debía cubrir su cabello. Probablemente, la vida en Madrid la obligara a vestir zapatos ocasionalmente, como alternativa a las sempiternas alpargatas. La pobre veste de la mujer, aún más que la del hombre, revelaba su humilde condición, pero también una sumisión ilimitada que se mantenía, idealmente, dentro y fuera del hogar. Quizá este hecho explique que las mujeres abandonaran su imagen de juventud para siempre coincidiendo con la boda, suponiendo que anteriormente, en los años de la mocedad y del noviazgo, le hubieran prestado alguna atención al cuidado personal, para entrar desde este momento en el período de la edad indefinida. El *habitus*, generado por la posición social del agente (Bourdieu, 1991a), sería el gran conservador de los valores transportados desde el medio rural a la urbe madrileña.

Ciertamente, las personas que habían emigrado en la cuarentena de la vida tenderían a preservar sus valores con cierta rigidez. Por ejemplo, Landero nos cuenta cómo su padre, aún en Madrid, continuaba mostrando un aspecto y unos ademanes labriegos que en poco o en nada se diferenciaban de los que mostraba en Valdeborrachos. El escritor nos explica cómo sus maneras lo delataban. Hablaba con un fortísimo acento de “campesino cerrado”, y con una inflexión típica de la raya, con escaso o nulo refinamiento, sirviéndose de vulgarismos que remarcaban su rusticidad. La tosquedad de su forma de andar, sus rudas manos, sus escasas habilidades sociales y sus torpes modales en la mesa, no dejaban lugar a dudas. Sin embargo, no parece que se arredrara ante nada, lo cual explica que estuviese siempre dispuesto a hablar con cualquiera que fuera menester. Los labradores están acostumbrados a la interlocución, y éste era el caso, independientemente de lo que los demás pensarán de él. Al faltarle el contacto habitual con otros iguales, no experimenta cambio alguno en lo personal. Por otro lado, su reducida instrucción, que, sin embargo, debía ser algo superior a la de otros labradores extremeños de la época, no le permitía contar con canales de apertura al resto de la sociedad.

## 11. COMPROMISO Y SOLIDARIDAD: LA IDENTIDAD DE LOS EMIGRANTES

Aunque, como he señalado más atrás, los Landero no se hallaban insertos en ninguna cadena de emigración, sino que su decisión de migrar fue pragmática, y más bien propia del padre de familia, la actitud de esta familia extremeña fue de un fuerte compromiso con quienes eran emigrantes como ellos. No parece que ellos constituyeran un modelo para otros emigrantes de Albuquerque, ni que, por lo que se deduce, animaran a otros a participar en la diáspora. Sin embargo, como sucedía a menudo, una vez que estuvieron asentados en el medio urbano, la casa familiar se convirtió en un lugar donde recalaban habitualmente otros emigrantes en tránsito, y que, en consecuencia, se hallaban en unas condiciones de provisionalidad que, a veces, se demoraban semanas. Dice el escritor que, a pesar de la modestia de la casa, la misma se convirtió en un lugar de paso para paisanos y conocidos. Los años sesenta fueron un tiempo de éxodo en el medio rural español, con los destinos más variados. En los primeros años sesenta, aquella casa era lugar de paradero de emigrantes extremeños que se encaminaban hacia

distintos países europeos. Pero también, y acaso más frecuentemente, de quienes se dirigían a Barcelona, a las ciudades vascas, con Bilbao a la cabeza, y a otros lugares.

El relato de Landero nos muestra una casa desbordada de gente. Raro el día que no llegaba alguien, unas veces con fecha de salida y otras a la espera de algo: encontrar una habitación, hallar un trabajo remunerado, recibir la llamada de una entrevista, recibir unos documentos, o hallar la combinación de un viaje a ninguna parte. A veces podía alargarse la estancia, puesto que un invitado podía estar reuniendo algún dinero para proseguir un viaje rodeado de incertidumbre. En esta situación se explica que la casa estuviera colmada. Nos explica nuestro autor que no solo se ocupaban las habitaciones sino también el pasillo y la cocina. Naturalmente, cada mañana era el comienzo de un nuevo día en el que había que ordenar los cachivaches de los visitantes, primero que nada, guardando las cosas en las inconfundibles maletas de cuadros, y dejando la casa en perfecto estado de revista. Es lo cierto que, en algunos momentos, había en la casa 10 o 12 personas en situaciones muy variadas: en tránsito, en espera, o con rumbo incierto. Hay algo que no se comenta en el libro y que tiene su interés, y es si el dominio de los visitantes les correspondería a los hombres, y, por supuesto, deducimos que la mayor parte de los transeúntes de la época eran hombres. En los tiempos de la efervescencia industrializadora, como era aquella, la mano de obra que se precisaba era mayoritariamente masculina, al revés que en la época postindustrial que vivimos, en la que una sociedad de servicios reclama por igual el trabajo de hombres y mujeres, y en ocasiones, dependiendo del subsector económico, la demanda de mano de obra femenina puede ser aún mayor que la de los hombres. El compromiso de los anfitriones incluía el acompañamiento durante el día para visitar pisos y alojamientos de los extrarradios, o para recorrer la Casa de Campo, el Rastro y otros lugares emblemáticos de la capital.

En un espacio bien aprovechado como era el de la casa familiar del escritor, incluso, podía haber algún huésped que acudía para pernoctar o, más aún, para alojarse a pensión completa o, quizá, con derecho a cocina. En los años sesenta, cuando más intensidad estaba adquiriendo la emigración, se hizo muy característica la residencia con derecho a cocina. En realidad, no se trataba de una fórmula habitacional nueva, porque ya había existido en los años treinta y en la primera postguerra. Más aún, la práctica ha sobrevivido al tiempo en nuestras ciudades, indefectiblemente unida a la precariedad. Este permanente trasiego de gente de un lado para otro, tratando de sobrevivir de la manera más digna posible, daba lugar a algo que fue muy común en los años sesenta, y es que se disgregasen las familias. Algunos emigrantes optaban por dejar a la prole con los abuelos o con otros familiares, mientras encontraban una forma de vida o una estabilidad económica mínima. En ocasiones, las dificultades se prolongaban durante tanto tiempo que la familia permanecía fragmentada no solo durante meses sino también durante años o décadas, hasta que se producía la reunificación.

## 12. UN EMIGRANTE DE SEGUNDA GENERACIÓN

Landero puede ser considerado un inmigrante de la Extremadura rayana, de segunda generación, puesto que había llegado a Madrid siendo todavía un niño de 12 años, socializado en Alburquerque, o mejor sería decir que en los parajes de Valdeborrachos. No obstante, ya por entonces poseía un discreto bagaje en los establecimientos religiosos de enseñanza de la villa capital, que amplió ligeramente tras la llegada de la familia a la ciudad. La escasa valía demostrada en los estudios había terminado por indignar a su padre, haciendo que este último lo empujara hacia la inserción en una precaria actividad laboral. Sin haber trascendido la adolescencia ya había asumido trabajos de recadista, de dependiente, de mozo de taller y otros por el estilo, como parte de un *cursus honorum* que era muy propio de los jóvenes de las barriadas y los extrarradios madrileños, y con más razón cuando estos jóvenes formaban parte de familias de inmigrantes. Sin embargo, el hecho de perder a su padre en 1964 le obliga a

buscar ocupaciones con mejores expectativas, en una época en la cual la oferta de empleo en comercios y otras empresas era notable.

Sin embargo, del texto de Landero se desprende la frecuente interinidad del empleo. Los años sesenta constituyen una época en la cual los derechos de los trabajadores son aún insuficientes y el despido estaba a la orden del día. Esta evidencia se conjuga con un acusado paternalismo ejercido por los pequeños empresarios de entonces, acaso no muy distinto del que se había producido en la España de los decenios precedentes. El joven dependiente se movía en una situación de indefinición, que basculaba entre el proteccionismo y el acomodo a unas rígidas pautas de disciplina, consecuentes con el acuerdo previo entre la familia del empleado y el empresario. A decir verdad, la disciplina implantada en los hogares daba lugar a que el castigo físico fuera moneda de cambio habitual. En este sentido, el escritor extremeño nos habla con amargura de los recuerdos que guarda del cinturón de su padre, presto a flagelar al joven Luis siempre que la falta adquiriera una cierta consistencia, lo cual sucedía con más frecuencia de la meramente ocasional. Y, por otro lado, el encargado o el jefe de personal asumía la obligación de prolongar la disciplina del hogar, simplemente por delegación de la familia, hasta extremos inusitados. El autor de la obra nos cuenta con gracia cómo estos jefes se ocupaban de hacerle una revisión del aseo personal, que iba desde el posible enlutado de las uñas al cerumen de las orejas, pero también eran los que le abroncaban en los errores y los que, llegado el momento, proponían su despido para que dejara su paso a un nuevo mozo. La literatura de Landero contiene pasajes que recuerdan a la novela picaresca española, por la cual el escritor siente una enorme admiración, tal y como nos cuenta en su obra.

Así, el autor de *El balcón en invierno* (2014), cuando nos habla de su vida de subalterno, siendo un adolescente, narra con todo lujo de detalles sus vicisitudes, entre las que destacan sus muchos infortunios, que se alternan con períodos en los que ejerce como pícaro, distrauyendo algún artículo destinado a la venta o vagueando mientras realizaba el reparto de las mercancías a domicilio que le encomendaban. Los pequeños engaños que teje nuestro pícaro se entreveran con castigos que terminan con la soberana paliza de su progenitor, antes de iniciar un nuevo episodio vital, sin apenas solución de continuidad con el anterior. En estas breves historias, especie de remedo del mundo de la gandería, también hay una moralina que, por lo regular, le resbala al interesado. Aun así, el emigrante de segunda generación logra prosperar y obtener mejores empleos, entre los cuales el de contable de CLESA es un buen ejemplo. Pero el escritor se está haciendo mayor, y aspira a lograr la deseada promoción personal que le distancie de sus iguales. La oportunidad se presentará cuando llegue a la casa familiar uno de los visitantes más duraderos. Se trata de su primo Paco, venerado por Luis cuando vivían en Alburquerque y tanto o más en Madrid. Es Paco quien introduce al escritor en el mundo de la farándula, y juntos alcanzarán un buen manejo de la guitarra flamenca, lo cual les permitirá obtener un modesto título profesional que, complementariamente, les dará la oportunidad para iniciar una breve, pero intensa, carrera artística, de pequeñas o grandes actuaciones por toda la geografía española y por algunos lugares del extranjero. No falta, incluso, una actuación en la televisión nacional de la época de finales de los años sesenta o principios de los setenta, en un espacio de máxima audiencia, lo cual dio alas para soñar a estos dos guitarristas.

Por todo lo dicho, Luis Landero representa muy bien a una segunda generación de inmigrantes, originaria del medio rural, y dominada por unos inmensos anhelos de progreso. Vivir de la música, y concretamente de la guitarra, lo elevaba por encima del nivel social que él había conocido. En el campo extremeño la clase social era, en alguna medida, adscriptiva. El hijo del campesino pobre estaba llamado a ser un campesino pobre, un humilde labrador de secano en este caso. No era empresa fácil incrementar la hacienda, y resultaba casi imposible romper la estratificación social establecida. El matrimonio se celebraba entre iguales, de modo que tampoco por este camino había esperanzas. Sin embargo, viviendo en la gran ciudad era posible

conquistar un futuro mejor que el que le habría tocado en suerte en la raya extremeña. La guitarra, acompañada de cuatro pasos de baile y de un sencillo repertorio de canto, le permitía vivir de otra manera, lejos del trabajo manual y de las estrecheces al uso. En la cultura pacense, en general, todo lo relativo a la guitarra flamenca posee una alta valoración social, de modo que podía sentirse orgulloso de la conquista vital que estaba realizando. Además, por lo que se deduce de su libro, Luis adquirió muy pronto el acento capitalino, sembrado de casticismos seguramente, lo cual le fue abriendo puertas sin parar. En Madrid había reunido los conocimientos propios de la sociabilidad de la calle. Había aprendido a vestir y a manejar, incluso con maestría, los ademanes urbanos. También se deduce que él ya no practicó nunca el sorbido de la sopa y del gazpacho que realizaban sus padres y sus tíos, y que, tal vez, conservó su madre. De hecho, da a entender que, incluso en el campo, las nuevas generaciones empezaban ya a rechazar tales ademanes, tan arcaicos y propios de la rusticidad al uso en aquellos parajes extremeños que fueron testigos de su crianza.

Ahora bien, como en tantos y tantos casos, la liza en el mundo proceloso de la farándula provoca a menudo que las profesiones que le son propias, como la de la música, sean efímeras con alguna frecuencia. Es de este modo como, tras cosechar algunos éxitos fugaces, Luis y Paco deciden poner fin a su aventura. En este momento, Paco, ya casado con la hermana mayor de Luis, decide retornar a Albuquerque, probablemente con cierto aire de triunfador. Es lo cierto que el matrimonio endogámico permite, seguramente, que los cónyuges recuperen la unidad del pequeño patrimonio familiar, y que intenten rehacer su vida en las tierras de Valdeobrachos. Este viaje de vuelta ilustra el hecho de que los emigrantes no rompen fácilmente con el lugar de origen sino que, antes bien, vuelven periódicamente cuando pueden (Gómez-Pellón, 2022b) y, ocasionalmente, como en este caso, para retornar definitivamente a las tierras que un día los vieron partir. Estos viajes de vuelta, en unos casos temporales y en otros definitivos, constituyen una de las razones por las cuales muchos espacios rurales pueden seguir existiendo. En el caso de la hermana de Luis Landero, su retorno era añorado y querido, lo cual explica que, junto a su marido, retome la dedicación a la agricultura, complementada con unas pocas cabezas de ganado. Por desgracia, pasados los años, fallece inesperadamente Paco, primo y cuñado del escritor, lo cual no impide la permanencia de la hermana de Landero en el medio rural alburquerqueño.

Hay algo que se halla fuera del relato de Luis Landero, pero que sirve muy bien para ilustrar el deseo de promoción personal de uno de estos inmigrantes de segunda generación. Al revés que su hermana mayor, Landero decide permanecer en la capital madrileña, tratando de progresar socialmente cuanto le fuera posible, convencido de que le aguarda un futuro mejor. En efecto, Luis Landero hallará el camino que le conduzca a obtener el título académico de licenciado en Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid, a una edad algo superior a la de sus compañeros de promoción, pero suficiente para ejercer como profesor ayudante en la misma institución que le había otorgado el título, y más tarde como profesor de Enseñanza Media, y como profesor de la Escuela de Arte Dramático, hasta alcanzar el premio de ser profesor invitado de la Universidad de Yale. Más aún, con 41 años daba a la imprenta su galardonada novela *Juegos de la edad tardía* (1989), y con 42 años obtendría el meritorio Premio Nacional de Literatura. Después vendría una actividad, aún más fértil si cabe, en este mismo campo de la literatura, plagada de éxitos, hasta que en 2014 publique *El balcón en invierno*, la esmerada autobiografía que nos ha dado pie para reflexionar sobre su peripecia vital y para escribir este artículo.

De la lectura de esta última obra se desprende con meridiana claridad que este emigrante de segunda generación sigue atado a sus orígenes, y que su carrera exitosa, no ya como guitarrista, sino como literato, no le impide sentir una atracción irresistible por la tierra de aquellos labradores de secano que eran sus padres, sus abuelos, sus tíos y, como lo siguen siendo hoy, su hermana mayor y algunos de sus parientes. Digo algunos porque la demografía

de Albuquerque en los últimos años permanece estabilizada a la baja, lo cual nos permite comprender el declinar de las cuatro pedanías del municipio (Benavente, Casas de San Juan, Silvestre y Tejarejo), dedicadas a la agricultura de secano que conoció Luis Landero en su infancia. La ocupación mayoritaria de la población ya no es la agricultura ni la ganadería sino que reside los servicios. Las inmensas tierras adehesadas y comunales de los Baldíos de Albuquerque siguen constituyendo el rico patrimonio municipal que permite el mantenimiento de las tradiciones locales. La ermita de la Virgen de Carrión, donde se venera la imagen de la patrona de Albuquerque, que seguía nuestro escritor con la mirada, antes de dejarla a sus espaldas, camino de Valdeborrachos, siendo aún un niño, es hoy, como entonces, lugar de concurrida romería coincidiendo con la víspera de la Natividad de la Virgen, el 7 de septiembre, que daba pie a la celebración de las fiestas patronales, entonces como ahora. Y la feria de ganado de mayo, a la que acudían los comarcanos, se sigue celebrando también de igual manera que en el pasado.

Por lo demás, un emigrante de segunda generación, como Luis Landero, o de la 1,5 generación como a menudo se clasifica el caso en los estudios sobre migración a los inmigrantes que llegan al lugar de destino en la primera adolescencia, ha conservado en el correr del tiempo muchos de los valores que adquirió en sus primeros años en Albuquerque, los cuales le fueron inculcados, por razón de *habitus*. Así se explica, como dice él, que cuando habla con su hermana mayor, retorne a la infancia y utilice modismos y frases locales cargadas de metáforas. Luis y su hermana mayor, siempre que tienen que excusar la ausencia que fuere por causa de algún imponderable se valen de la fórmula de “no puedo, porque tengo que cuidar los chivos”. A propósito, cuando el escritor conversa con su hermana mayor, residente en Albuquerque, y lo hace a menudo, no puede evitar la permanente remisión en las conversaciones a los gansos, a las correrías del raposo, a los lugares elegidos por los jilgueros para anidar o, por poner un ejemplo más, a las ricas criadillas que nacen en el lugar. Tal vez ello sea debido a que un emigrante, aunque haya dejado transcurrir su vida en el lugar de destino, nunca deja de sentir el palpito de sus orígenes y, ocasionalmente, como es el caso, la llamada del retorno.

### 13. CONCLUSIONES

El texto de referencia de este artículo pertenece a la autoría de un conocido literato español, que es Luis Landero, quien realiza una autobiografía que, con todo derecho, puede ser considerada como una historia de vida, análoga a las que sirven al quehacer antropológico. Más aún, en el texto concurren otras técnicas empleadas habitualmente por los antropólogos, entre las cuales está la de la observación participante. A través de su obra, Landero nos ofrece una visión íntima y profunda de su recorrido vital, incluyendo numerosos fragmentos de vivencias *face to face*. Las interacciones de la vida cotidiana del autor aparecen registradas de una manera concisa y minuciosa. El caso de esta familia de emigrantes extremeños, expresado en este magistral relato de vida de Luis Landero, ilustra, a escala micro, esa mezcla de angustia y esperanza con la que se vivía el éxodo en el medio rural extremeño, que, al fin y al cabo, no sería muy distinto del de otras partes de la España interior de la época. Por supuesto, no es un relato construido con fines antropológicos, a instancias de un investigador que inquiere, pero es un texto extraordinariamente útil para el antropólogo que quiere saber, y que se sitúa ante un documento de singular interés etnográfico. El canon literario, que se mantiene a lo largo de todo el libro, no empaña la utilidad del vívido relato humano que se contiene en el mismo. Más aún, Landero se convierte en muchos aspectos en lo que técnicamente llamamos un informante privilegiado. El texto permite el acercamiento a las interioridades del medio rural extremeño de mediados del siglo XX, a la vida de los emigrantes en la urbe y a su desenvolvimiento entre dos mundos. El aval que le concede el escritor a la veracidad del relato se ve

confirmado por los resultados de los estudios antropológicos relativos a la España rural de la época y por otros posteriores.

Es evidente que estamos ante una muestra más de la fértil relación entre la antropología y la literatura. La rica interacción que se produce entre una y otra en la obra de Luis Landero nos previene de que estamos ante un modelo de interdisciplinariedad que no solo brota del esfuerzo del escritor para realizar una rica literatura antropológica, sino que el texto resultante se convierte simultáneamente en un campo *sui generis* de conocimiento de la antropología o, dicho de otra manera, en un objeto de estudio de la antropología que permite indagar, incluso, en aspectos que no formaron parte del propósito inicial del literato. La antropología y la literatura poseen el común denominador de crear narrativas que encierran imágenes expresivas de la cultura mediante técnicas que, siendo distintas, están dotadas de un alto grado de complementariedad. Mientras que la literatura constituye un arte sublime que explora la cultura con asombrosa pericia, sirviéndose para ello del uso delicado de los cánones estéticos, la antropología se vale de las estructuras lógico-formales para capturar los fragmentos de la cultura que precisa para llevar a cabo el quehacer de la disección. La literatura y la antropología comportan dos ámbitos epistemológicos distintos, más preocupado el primero por las sensaciones que le proporciona la vía intuitiva, y más empeñado el segundo en la verificación de los resultados que se derivan de sus procedimientos de conocimiento. La literatura alcanza sus valores más elevados cuando, gracias a la acertada combinación de la belleza, la sensibilidad y el ingenio, sirviéndose de los tropos más variados, sumerge al lector en una atmósfera determinada, mientras que un texto antropológico logra el mayor aprecio cuando obtiene conclusiones susceptibles de ser comprobadas por otro antropólogo en condiciones análogas. Ahora bien, la literatura puede ser lo suficientemente realista como para transportarnos a situaciones que, careciendo de prueba, sean plausibles y concordantes con nuestras experiencias individuales o sociales, de lo cual se sigue su pasmosa capacidad para el abordaje de las grandes preocupaciones humanas.

La obra de Landero comporta una visión de su propia familia desde dentro, gracias a la cual se palpan los miedos, las angustias, las preocupaciones y la vida de unos hombres y unas mujeres de manos callosas, aplastados por el trabajo diario, la inseguridad de su destino y el dolor ocasionado por los contratiempos familiares. La obra de referencia plasma las pequeñas ilusiones, las grandes esperanzas y la supeditación de las contingencias a la perdurabilidad de la institución que representa la familia. Luis Landero nos descubre la alienación de la familia inmigrante en la gran ciudad y la lucha denodada para subsistir en un mundo hostil. Es una obra que nos traslada a la intrahistoria de la peripecia vital de los inmigrantes rurales que dieron vida a la diáspora de los años sesenta del siglo XX en España. Así como la estadística nos permite acercarnos a realidades macro, la espléndida narración de Landero nos introduce de pleno en una visión micro de los acontecimientos que suscita todo nuestro interés. Ciertamente, Luis Landero actúa como un informante, pero nótese que también lo hace como un activo y sutil intérprete en el proceso de exégesis cultural.

En suma, el caso de la familia de Luis Landero, constituye el magno retrato de una familia de los años sesenta, que, salida de los campos de la raya extremeña, se incorpora a la periferia social de la urbe madrileña. El relato del escritor nos permite comprender las vidas de otros inmigrantes instalados progresivamente en un medio urbano que concebían como distante, e incluso como antagónico, lejos de la complementariedad que atribuimos a esos dos mundos los cultivadores de las ciencias sociales. Ni era fácil salir del medio rural, ni era tarea sencilla incorporarse a la vida urbana. Tan compleja peripecia vital fue resuelta, por parte de estos hombres y mujeres, de acuerdo con las circunstancias, y mientras en unos casos la adaptación fue escasa, e incluso nula, en otros casos la integración en la cultura urbana fue plena. Así, dentro de las mismas familias, la emigración a la ciudad se vivió como una tragedia por parte de algunos de sus integrantes, porque les hizo sentirse extranjeros durante el resto de su

vida, mientras que para otros miembros de la familia supuso el inusitado encuentro con un mundo más rico en experiencias, con el que ni siquiera habían soñado.

### Bibliografía

- ARANGO, Joaquín (1987) "La modernización demográfica de la sociedad española" en Jordi Nadal, Albert Carreras y Carles Sudrià, comps., *La economía española del siglo XX*. Barcelona, Ariel, pp. 190-236.
- (2000a) "Explaining Migration: A Critical View", *International Social Sciences Journal* 165, pp. 283-296.
- (2000b) "Enfoques conceptuales y teóricos para explicar las migraciones", *Revista Internacional de Ciencias Sociales* 165, pp. 41-69.
- ARGUEDAS, José María (1941) *Yawar Fiesta*, Lima, Compañía de Impresiones y Publicidad.
- (1958) *Los ríos profundos*, Buenos Aires, Losada.
- (1964) *Todas las sangres*, Buenos Aires, Losada.
- AUGÉ, Marc (1998) *La guerra de los sueños. Ejercicios de etnoficción*, Barcelona, Gedisa.
- BOURDIEU, Pierre (1991a [1979]) *La distinción*, Madrid, Taurus.
- (1991b [1981]) *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- CASSIRER, Ernest (1975) *Antropología filosófica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CLIFFORD, James (2001 [1995]) *Dilemas de la cultura: Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Barcelona, Gedisa.
- CLIFFORD, James y George E. MARCUS, eds. (1991[1986]) *Retóricas de la antropología*, Barcelona, Júcar.
- COHEN, Robin, ed. (1996) *Theories of Migration*, Cheltenham, Elgar Publishing.
- FRIGOLÉ, Joan (1996) "Narrativas: Antropología y Literatura. Una relación multifacética" en Joan Prat y Ángel Martínez, eds., *Homenaje a Claudio Esteva Fabregat*, Barcelona, Ariel, pp. 229-235.
- FUENTE LOMBO, Manuel de la, ed. (1994) *Etnoliteratura: un nuevo método de análisis en antropología*, Córdoba, Universidad de Córdoba.
- GARCÍA BARBANCHO, Alfonso (1975) *Las migraciones interiores españolas en 1961-70*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos.
- GARCÍA HORTELANO, Juan (1959) *Nuevas amistades*, Barcelona, Seix Barral.
- GARCÍA PONCE, David (2015) "La imagen literaria del extrarradio en la novela española contemporánea (1950-1979)", *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* 33, pp. 71-87.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (2021) *Liter-Antropología. El hecho literario, entre cultura y contracultura*, Madrid, Abada Editores.
- GIRARD, René (1997) *Literatura, mimesis y antropología*, Barcelona, Gedisa.
- GÓMEZ-PELLÓN, Eloy (1999) "Oralidad y tradición" en Eloy Gómez Pellón, Luis Díaz Viana y Mikel Azurmendi, *Tradición oral*, Universidad de Cantabria, Santander, pp. 17-53.

- GÓMEZ-PELLÓN, Eloy (2020) *Tierra, trabajo y conflicto en el campesinado*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- (2012) “Oralidad y memoria: sobre los testimonios verbales del pasado”, *ETNICEX* 4, pp. 19-39.
- , coord. (2022a) “Migraciones en los espacios rurales de la Península Ibérica: Tres estudios de caso”, *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural* 34, pp. 9-17.
- (2022b) “Estrategias frente a la despoblación: el caso del commuting en un área de ruralidad extrema del norte de España”, *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural* 34, pp. 47-75.
- JOUTARD, P. (1983) *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, Fondo de Cultura Económica.
- KREIENBRINK, Axel (2009) “La política de emigración a través del IEE” en Luis M. Calvo Salgado et al., *Historia del Instituto Español de Emigración*, Madrid, Ministerio de Trabajo e Inmigración, pp. 13-34.
- LANDERO, Luis (2014) *El balcón en invierno*, Barcelona, Tusquets.
- LE GOFF, Jacques (1991 [1977]) *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós (original de).
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1970) *Tristes trópicos*, Buenos Aires, EUDEBA.
- LÓPEZ-BARALT, Mercedes (1985) *El mito taíno: Lévi-Strauss en las Antillas*, Río Piedras, Ediciones Huracán.
- (2005) *Para decir al otro. Literatura y Antropología en nuestra América*, Madrid, Iberoamericana Vervuert.
- MALEKAFIS, Edward (1972) *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel.
- MARTÍN SANTOS, Luis (1961) *Tiempo de silencio*, Barcelona, Seix Barral.
- MARTÍN GAITE, Carmen (1994) *Esperando el porvenir*, Madrid, Siruela.
- MARTÍNEZ ALIER, Juan (1968) *La estabilidad del latifundismo*, París, Ruedo Ibérico.
- MEDINA, Eusebio (2003) *El contrabando en la raya de Portugal*, Cáceres, El Brocense.
- MIGNOLO, Walter (2000) *Local histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*, Princeton University Press.
- (2007) *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*, Madrid, Gedisa.
- MIRA, Joan F. (2007) “Literatura y antropología”, en Carmelo Lisón Tolosana, ed., *Introducción a la antropología social y cultural. Teoría, métodos y práctica*, Madrid, Akal, pp. 547-567.
- RIQUER, Borja de (2020) *La Dictadura de Franco*, *Historia de España*, vol. IX, Barcelona, Crítica 12.
- SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier (2000) “Aproximaciones teóricas a los movimientos migratorios contemporáneos: Un estado de la cuestión”, *Historia Agraria* 21, pp. 157-192.
- THOMPSON, Paul (1988 [1978]) *La voz del pasado*, Valencia, Edicions Alfons El Mangànim.
- TÖNNIES, Ferdinand (2009 [1887]) *Comunidad y asociación*, Granada, Comares.

VALENZUELA RUBIO, Manuel (2010) “Los grandes cambios sociales en Madrid, de la posguerra al siglo XXI; inmigración y vivienda”, en *Sociedad y espacio urbano de Madrid en el siglo XX*, Madrid, Museos de Madrid y Caja Madrid, pp. 50-81.

